

rudamente ha sido atacado por el Dr. Vázquez Gómez, y sólo nos limitaremos á afirmar un hecho: la juventud que se ha educado en los planteles oficiales, ha salido de sus colegios perfectamente apta para la lucha por la vida, todos poseen grandes conocimientos que los ponen en condiciones de labrarse muy pronto una fortuna, puesto que poseen el principal factor: la maleabilidad para amoldarse á todas las circunstancias, para representar todos los papeles, con la misma imperturbable serenidad los vemos protestar solemnemente el cumplimiento de la ley, que son los primeros en vulnerar, como los encontramos declamando contra el gobierno que son los primeros en apoyar.

En cambio, esa juventud dorada, está poseída del más desconsolador escepticismo y las grandiosas palabras de Patria y Libertad, que conmueven tan profundamente á los hombres de corazón, los dejan á ellos indiferentes, fríos, imperturbables. El que tiene fé, el que ama á la patria y está resuelto á sacrificarse por ella, pasa á sus ojos por un loco, ó cuando menos, lo tratan amablemente de desequilibrado.

Sin embargo, la sávia de la Patria es tan vigorosa, que en la juventud se manifiesta en todo su esplendor el entusiasmo por todo lo grande y por todo lo bello; lo que sucede es que las escuelas oficiales y más aún, el medio ambiente, van minando esos nobles y optimistas sentimientos, y sembrando en sus corazones el desconsolador escepticismo, la fría incredulidad, el amor á lo positivo, á lo que palpan, á lo que ven, y cuando llegan á la edad madura, es lo único que llegan á considerar co-

mo real, y clasifican las palabras de Patria, Libertad, Abnegación, entre la metafísica que acostumbra considerar con cierto desdén.

Relaciones Exteriores. Nuestra política de Relaciones Exteriores ha consistido siempre en una condescendencia exagerada hacia la vecina República del Norte, sin considerar que entre Naciones, lo mismo que entre individuos, cada concesión constituye un precedente y muchos precedentes llegan á constituir un derecho. No abogamos por una política hostil á nuestra vecina del Norte, de cuya grandeza somos admiradores, no solamente por su riqueza y su poder, sino por sus magníficas instituciones, por los grandiosos ejemplos que ha dado al mundo.

Sin embargo, si abogamos por una política más digna, que nos elevaría aún á los mismos ojos de los americanos, lo cual influiría para que nos tratarán con más consideraciones, con las consideraciones á que se hace acreedora una Nación celosa de su dignidad y de su honor. Esas consideraciones constituyen una fuerza mucho más poderosa que la de las bayonetas, pues el derecho de la fuerza ha perdido considerablemente su prestigio con los progresos de la civilización, y muchos conflictos se han evitado por el respeto que impone el derecho, cuando es sostenido con dignidad y energía.

Por no tratar sino dos de los puntos que últimamente se han debatido entre las dos Repúblicas, recordaremos que al permitir el Gobierno Mexicano al de los Estados Unidos, que construyera una gran presa para almacenar las aguas del Río Grande,

con el pretexto de que el Gobierno Americano suministraría los fondos para construir esa obra colosal, nuestros vecinos se llevarían la mayor parte del agua, dejándonos una cantidad verdaderamente ridícula, si se considera que tenemos derecho á la mitad.

El Gobierno Mexicano debía de haber insistido en que se le dejara disponer de la mitad del agua, aun en el caso que tuviera que desembolsar lo necesario para cubrir la mitad del costo de la Presa.

Posteriormente, con motivo de la visita del Sr. Root á México, se suscitó la cuestión de la Bahía de la Magdalena.

Mucho habría que decir sobre este punto, pero nos limitaremos á hacer las brevísimas consideraciones siguientes:

¿Qué gana la República Mexicana con permitir al Gobierno de los Estados Unidos, que mande sus escuadras á hacer sus ejercicios de tiro al blanco en la Bahía de la Magdalena, y de tener allí constantemente buques carboneros?

Indudablemente que si los Estados Unidos necesitan ahora esa Bahía, también la necesitarán cuando termine el plazo que se les ha concedido y entonces será más difícil negarles el permiso, el cual, repetido varias veces, llegará á constituir una servidumbre, y será una constante amenaza para la integridad nacional.

Al dar un paso tan importante ¿por qué no consultó el General Díaz de un modo franco la voluntad nacional? ¿por qué hizo que se tramitara ese asunto en sesión secreta del Senado?

Si Root amenazó ¿por qué no dió un manifiesto

á la Nación exponiendo el ultraje que entrañaba esa amenaza y preguntándole qué actitud debía de asumir?

Si Root alhagó su amor propio, hizo aún mal en premiar sus agasajos, sus brillantes discursos en que tan alta se vió su vanidad, con una concesión que él mismo juzga peligrosa para la Patria, como lo demuestran las palabras de un alto funcionario del Ministerio de Relaciones Exteriores que al ser entrevistado por un repórter del «El Tiempo» y al tratar sobre ese asunto había dicho *que á la solicitud del Gobierno americano para la estancia de los buques carboneros en la Bahía de la Magdalena por el término de cinco años, el señor Presidente había contestado que pediría autorización al Senado para otorgarla únicamente por el término que falta para que termine su período presidencial.* PUES NO QUERÍA DEJAR PARA SUS SUCESOSES, COMPROMISOS POR ÉL CONTRAIDOS.

De todos modos, la opinión pública no aprobó esa conducta y si no manifestó de un modo hostil su parecer, fué porque toda manifestación en ese sentido, hubiera sido considerada como desafección al Gobierno y los autores de la tal manifestación hubieran sido el blanco de todas las persecuciones. Además, cuando se supo la noticia en México, por telegrama de Washington, era ya un hecho consumado la concesión á los E. U. y toda protesta hubiera sido inútil, además de ser sumamente peligrosa.

Nosotros supimos de alguna protesta calzada con numerosas firmas que estuvo á punto de publicarse, pero sus autores comprendieron el peligro

tan infructuoso que para ellos entrañaba tal publicación, y prefirieron conservar toda su fuerza de acción para la próxima campaña electoral de Presidente de la República y demás funcionarios federales, pues las épocas electorales son las de verdadero combate en los países democráticos y aunque hasta ahora esas prácticas no se han aclimatado en nuestro suelo, todo hace prever que los mexicanos haremos pronto un vigoroso ensayo.

No terminaremos esta cuestión sin citar la mala impresión que causó el hecho de que se preparara el Castillo de Chapultepec para recibir al Sr. Root, así como las suntuosísimas fiestas con que se le recibió.

El Castillo de Chapultepec es el símbolo de una de nuestras glorias más puras, y la República consideró como una profanación, que el lugar que sirvió de gloriosa tumba á nuestros héroes infantiles, sirviera después de aposento al representante del pueblo que ocasionará en otros tiempos aquella guerra funesta.

No decimos esto porque queramos perpetuar odios; no, muy lejos de nosotros tal idea, pero ¿á qué venía hacer tan suntuosa recepción al representante de una democracia?

Dos veces ha ido á la República vecina el Vice-Presidente de nuestro país (decimos esto, porque cuando fué el Sr. Mariscal fué con tal carácter) y nunca le han hecho recibimiento tan suntuoso; más bien se le han corrido ciertos desaires, le han hecho pasar ciertos bochornos, para lo cual nunca les ha faltado algún pretexto.

Por todas esas razones, la recepción del Señor

Root, fué algo humillante para México, sobre todo si se considera la misión diplomática que tan reservadamente y con tanto éxito supo cumplir.

Además, en aquella época había una gran miseria en el pueblo, que contrastaba tristemente con el esplendor de las fiestas, más que reales, con que se recibió á nuestro ilustre visitante.

En Europa, cuando un Sóberano visita á otro, raras veces se despliega tanta magnificencia; y nosotros, un país pobre, si lo hacemos con un huésped que más que misión amistosa, trae una misión interesada.

En México se dijo con mucha insistencia que el mismo Sr. Root se había sorprendido de que se le hiciera una recepción tan suntuosa. ¿Qué razones tendría el General Díaz para obrar de tal manera?

Parece que su política ha tendido á evitar un conflicto con nuestra poderosa vecina del Norte, pero en verdad, lo que ha logrado es sólo aplazarlo y hacerlo cada vez más probable, pues ha sido tan condescendiente con ellos, que el día que otro ciudadano de más energías ocupe su lugar y que no quiera ser tan condescendiente, indudablemente se resentirán nuestras relaciones diplomáticas con la República del Norte; pero no por eso hay que temer un rompimiento, pues esa gran Nación no nos declararía la guerra por una causa baladí, porque sabe que una guerra con ella sería considerada aquí en México como una guerra nacional y la resistencia con que tropezarían, sería muy distinta á la que encontraron los franceses durante la guerra de Intervención y apenas comparable á la que Napo-

león I encontró en España, que nunca pudo pacificar. Además, los E. U. es un pueblo democrático, y éstos, si bien es cierto que son unos leones cuando se trata de defender su independencia, son poco afectos á las guerras de conquista, que benefician á unos cuantos capitalistas, con perjuicio de la inmensa mayoría del pueblo que es la que da las contribuciones de dinero y de sangre.

La noble actitud de los Estados Unidos hacia la Perla de las Antillas que sólo ocuparán temporalmente para asegurar su regular funcionamiento democrático, nos presenta la prueba más elocuente de que el americano es un pueblo magnánimo y que nada debemos temer de él, siempre que en nuestras relaciones con ellos seamos leales; pero la lealtad no excluye á la dignidad, y ésta no hará sino dar más realce á nuestras relaciones amistosas.

Es posible que el General Díaz tenga otro criterio, lo cual es fácilmente explicable, pues un hombre que debe su fortuna á la fuerza bruta, debe de tener un singular concepto de ella y le ha de conservar un respeto supersticioso.

Pasando ahora á estudiar nuestras relaciones con las repúblicas hermanas de Centro y Sud-América, tenemos que lamentar que no se hayan hecho mayores esfuerzos para hacer más estrechas nuestras relaciones con ellas.

Queriendo aplicar el criterio de la política interior á la exterior de la República, se ha creído que con esas frases de convencionalismo, y con suntuosas recepciones á los delegados del Congreso Pan-Ame-

ricano, sería suficiente para mantener el prestigio de México entre sus hermanas del Sur.

Nada más equívoco que tal creencia, pues á esas frases convencionales nadie les da crédito; aquí en el interior, todo el mundo calla por temor de aparecer descontento al gobierno, pero en el extranjero, es diferente y nuestra política internacional ha sido acremente criticada, como se merece, por la prensa de aquellos países.

A más de parecernos poco eficaz el esfuerzo que el Gobierno Mexicano ha hecho para estrechar los lazos que nos unen á esos pueblos, creemos que ha cometido dos grandes faltas. La primera, fué unirse á todas las potencias europeas cuando en una vasta coaligación exigían de Venezuela el pago de cuentas que ésta debía á sus nacionales. A México no le convenía por ningún motivo asumir esa actitud, tanto por antecedentes, como por propia conveniencia. Por antecedentes, porque por amarga experiencia sabemos lo injusto que suelen ser tales deudas, y por conveniencia, porque el único modo de llegar á un posible equilibrio de fuerzas en el Continente Americano, es unirse todas las Repúblicas latinas, para contrabalancear el poderío de la República Anglo-Sajona.

Aunque somos de los que no tememos una guerra con esta Nación por las razones ya indicadas, la prudencia aconseja rodearnos de elementos que aumenten nuestra fuerza, pues á medida que ésta sea más grande, disminuirán las probabilidades de un conflicto.

Si en vez de que México se hubiera reunido á las potencias reclamantes, hubiera interpuesto toda su

influencia y aun hubiera ayudado con su crédito á Venezuela, indudablemente que nuestra situación en la América Latina sería muy distinta de la que actualmente es, considerarían á México como á su hremana mayor y tendrían orgullo de decirse nuestros hermanos; mientras que ahora, nos consideran más bien con cierta lástima, al ver la política tan poco levantada, tan poco digna que seguimos.

La otra falta trascendental ha sido no dedicar todos nuestros esfuerzos para lograr que las cinco Repúblicas centro-americanas formen una sola República federativa, pues de ese modo se acabarían las interminables guerras que la agitan, se borrarían los odios que las dividen, y formarían una Nación poderosa, que tendría que ser nuestra aliada natural, y que, con la unión y la paz, progresaría muy rápidamente y sería cada vez más fuerte, fuerza que redundaría igualmente en nuestro beneficio por la comunidad de intereses y de ideales.

En vez de eso, mientras estén divididas, corremos el peligro de que alguna de ellas vaya á dar á manos de una ambiciosa potencia, como pasó con Panamá, constituyendo una seria amenaza para nosotros, tan peligrosa vecindad.

Para llegar á lograr esa federación, se hubieran ido preparando todos los hilos de la trama para aprovechar la primera oportunidad que se presentara, como fué el asesinato del General Barillas, pues ese acontecimiento causó tal efervescencia en la América Central, que una intervención de México en aquellos momentos, hubiera sido considerada como una ayuda de la Providencia, pues hubiera influido para que cayera del poder el tirano Ca-

brera, que ocupa el puesto de Presidente de la República de Guatemala, para baldón del género humano.

En vez de eso, y como nuestra política no tenía orientación fija, anduvimos con vacilaciones, dejándonos llevar por las impresiones de momento y nos pusimos en ridículo, acabando de perder todo el prestigio que teníamos con nuestras vecinas del Sur, con *haber desenvainado la espada sin razón y haberla envainado sin honor*, frase en que de un modo tan gráfico y tan hábil resume nuestra política en aquellas circunstancias, nuestro ya citado y apreciable amigo el Señor Fernando Iglesias Calderón.

No terminaremos de tratar este punto sin decir que nos pareció altamente impolítica una declaración del General Díaz á un repórter de «The Herald,» en la cual decía, hablando de nuestro ejército, que sólo lo necesitábamos para repeler algún ataque eventual de nuestras vecinas del Sur, puesto que por el Norte estábamos perfectamente á cubierto con la amistad de los Estados Unidos.

Alabamos la segunda parte de su declaración, pero no le tenemos á bien la primera, pues demuestra cierta hostilidad para nuestros hermanos del Sur, y cierta arrogancia con el débil, mientras que con el fuerte es tan condescendiente.

Ya que el General Díaz es tan hábil en el arte de callar y de permanecer impenetrable, bien pudo haber puesto en juego en esa vez, su habilidad.

Antes de pasar adelante, queremos hacer una declaración de importancia:

No es nuestro ánimo atacar al Señor Mariscal,

nuestro dignísimo Secretario de Relaciones. Tenemos el más elevado concepto de su patriotismo, de su integridad, y hemos sabido que en la mayoría de los casos citados, él ha apoyado la política que hemos esbozado como más conveniente para la Nación, pero ha tenido que transigir ante la omnipotente opinión del General Díaz.

Ya que en este libro nos hemos propuesto hablar el lenguaje de la verdad, será conveniente decir que como nunca se sabe lo que pasa en los consejos de ministros, fácilmente ha logrado el General Díaz hacer recaer sobre cada uno de ellos todas las faltas cometidas en el ramo que está á su cargo, y en cambio se atribuye todo el mérito del bien que se hace. Para eso, es ayudado admirablemente por la prensa asalariada y por las pequeñas divisiones entre sus ministros que tan hábilmente sabe fomentar, á fin de tener siempre en equilibrio todas sus fuerzas, para que ninguno de ellos se le llegue á imponer.

Lo ocurrido con el famoso proyecto de ley minera, nos demuestra que el General Díaz es el que resuelve todos esos importantes asuntos aun contra la convicción de sus ministros.

En este caso el asunto llegó á tener gran publicidad, por circunstancias especiales, pero indudablemente que ese hecho no es anormal en la política del General Díaz.

Progreso material. Lo único que ostenta la administración del General Díaz en su apoyo, es nuestro progreso material. Los diarios oficiosos publican estadísticas y más estadísticas demostrando que el aumento en nues-

tro comercio es fabuloso, que las fuentes de riqueza pública y privada han aumentado considerablemente, que nuestra red ferrocarrilera se extiende más y más, que en los puertos se construyen magníficas obras para hacerlos más accesibles á los buques de gran calado, que en todas las grandes ciudades se ha hecho el drenaje, la pavimentación de las calles, se han contruido magníficos edificios, etc., etc.

Todo eso es muy cierto, nuestro progreso económico, industrial, mercantil, agrícola y minero, es innegable.

Ya lo hemos dicho, el General Díaz hará al país todo el bien que le sea posible, siempre que sea compatible con su reelección indefinida.

Pues bien, si es cierto que en el orden de libertades, todas eran un estorbo para lograr su fin, por cuyo motivo ha procurado acabar con ellas, no pasa lo mismo con las cuestiones económicas, pues entre más desarrollada esté la riqueza pública y mientras mayores sean los intereses creados á su sombra, será mayor la estabilidad de su gobierno.

Para llevar á cima esta obra, los dos factores más importantes han sido: la paz y la oleada de progreso material que ha traído al mundo el vapor con sus múltiples aplicaciones á la transportación y á la industria.

Ya hemos visto de qué medios tan hábiles se ha valido para conservar la paz; siendo uno de los principales la construcción de grandes ferrocarriles, pero estos no solamente han servido para su conservación, sino que han traído un desarrollo maravilloso de las riquezas de la Nación.

El General Díaz, con sus grandes dotes administrativas y como consumado estadista, ha sabido fomentar nuestro progreso material, poniendo orden en todo aquello á donde alcanza su actividad. Sin embargo, un país tan extenso como el nuestro no puede ser gobernado por un solo hombre y si es cierto que se ha rodeado de personas capaces, y que lo que está á su vista anda relativamente bien, no pasa lo mismo en los Estados, en los cuales la inmensa mayoría de los Gobernadores no se han ocupado sino de acrecentar su fortuna por medios más ó menos lícitos, pero siempre en detrimento, por lo menos, de la buena administración de su Estado, puesto que no le dedican todas sus energías.

La mejor prueba de nuestro progreso material y de que existe el orden en las finanzas nacionales, es que se cubren con desahogo los presupuestos de egresos á pesar de los intereses de nuestra deuda extranjera que ha aumentado considerablemente durante la actual administración.

No publicaremos cifras para demostrar nuestro progreso, pues son bien conocidas de toda la Nación las estadísticas respectivas.

Lo único que diremos es que es un error atribuir todo el progreso de que hemos disfrutado al General Díaz, puesto que en igual período de tiempo han alcanzado un desarrollo que no guarda relación con el nuestro, muchas naciones del mundo, entre las cuales citaremos: el Japón, Francia, Estados Unidos, Italia, Alemania y entre nuestras hermanas del Sur, Costa Rica, Argentina, Chile y el Brasil.

En todos esos países se ha notado, como entre nosotros, la influencia bienhechora del vapor que ha revolucionado todas las industrias y los medios de transporte.

En todos los países mencionados, existen las prácticas democráticas; en los que están bajo el régimen republicano, se han alternado en el poder varios ciudadanos, así es que no es principalmente al General Díaz á quien debemos nuestro bienestar económico sino á la grande ola de progreso material que ha invadido todo el mundo civilizado.

Si en vez de un gobierno absoluto, lo hubiéramos tenido democrático, quizá nuestro progreso material hubiera sido superior, pues no hubiera habido tanto despilfarro en los Estados, y si bien es cierto que los gobernadores no estarían tan ricos, en cambio las obras materiales hubieran recibido mayor impulso y sobre todo la instrucción pública hubiera sido más atendida.

Pero dejémosnos de bordar en el vacío, estamos estudiando lo que pasó y no lo que hubiera podido pasar, que nadie lo sabe.

Agricultura. En este ramo tan importante de la riqueza pública, poco ha hecho el gobierno para su desarrollo, pues con el régimen de gobierno de uno solo, resulta que los únicos que se aprovechan de todas las concesiones son los que lo rodean y más particularmente en el caso actual, pues uno de los medios de que se ha valido el General Díaz para premiar á los jefes tuxtepecanos, ha sido el de darles grandes concesiones de terrenos nacionales, lo cual ha

constituido una rémora para la agricultura, pues bien sabido es que los grandes propietarios, raras veces se ocupan en cultivar sus terrenos y se concretan generalmente al ramo de ganadería, cuando no los han dejado abandonados para venderlos después á alguna compañía extranjera, como ha sucedido con más frecuencia.

Las concesiones para aprovechamientos de aguas en los ríos han sido inconsideradas, y siempre han ido á dar á manos del reducido grupo de favoritos del gobierno, resultando que el agua no se ha aprovechado con tan buen éxito como hubiera sucedido si se hubiera subdividido entre muchos agricultores en pequeña escala.

El resultado de esta política ha sido que el país, á pesar de su vasta extensión de tierras laborables, no produce ni el algodón, ni el trigo necesario para su consumo en años normales, y en años estériles, tenemos que importar hasta el maíz y el frijol, que son la base de la alimentación del pueblo mexicano.

Lo que parece que ha tenido mayor desarrollo, son las plantaciones de maguey, y aunque la venta del pulque proporciona pingües ganancias á los que lo producen, no por eso debemos de considerar su producto como una riqueza nacional, pues por el contrario, es una de las causas de nuestra decadencia.

Minería é Industria. Estos dos ramos, si han recibido un impulso portentoso con los ferrocarriles, sobre todo la minería ha obtenido un desarrollo asombroso, debido tanto á

los ferrocarriles, como á la ley minera que es tan liberal.

En cuanto á la industria, ha recibido un positivo impulso de parte del gobierno, concediendo á las industrias nuevas exenciones de contribuciones y estableciendo derechos proteccionistas.

Sin embargo, en ciertos casos ha ido el Gobierno demasiado lejos en su afán de desarrollar la industria, pues hasta á industrias perniciosas les ha permitido que se beneficien de esas franquicias. Nos referimos especialmente á las fábricas de alcoholes de todas clases y sobre todo á las de maíz, pues transforman ese grano que es la base de la alimentación del pueblo, en alcohol, que es uno de los venenos que más perjuicios causan á la Nación. Esta industria ha dado por resultado encarecer el precio de ese cereal y aumentar la miseria en el pueblo en años estériles.

En cuestión de derechos proteccionistas no siempre ha andado muy acertado el Gobierno y es que para decretarlos, sólo tiene en cuenta los intereses especiales de personas ó corporaciones amigas á quienes desea proteger, sin consultar los grandes intereses de la Nación que no tiene ningún representante legítimo en esas discusiones.

El resultado de esta política ha sido crear los monopolios del papel y de la dinamita y encarecer considerablemente los artículos fabricados con el hierro y el acero, con perjuicio de toda la Nación y provecho de unos cuantos.

Hacienda Pública. Este es uno de los ramos de la administración más difíciles de estudiar para una persona que no pertene-